

Bogotá, Diciembre 10 de 1873.

QUERIDA MARIA:

Llevo tres meses de estar en esta ciudad y no tengo nada que añadir á todo lo que referí en mi anterior en cuanto al aspecto físico; en cuanto al moral, te diré, que cada día hallo nuevos encantos en la sociedad bogotana por la amenidad de su trato, sus distinguidas maneras y su instrucción en las ciencias y bella literatura; las señoritas son aficionadísimas á las artes; en el dibujo están atrasadas, porque habian carecido de buena enseñanza; pero hoy se

dedican con ardor y hay jóvenes que están aún mas adelantadas que los varones, como las dos Espinosas, Lucía y Emilia; Ana Tanco, Amalia y Adelaida Torres y alguna otra. En música, tres he oído que me encantan: Teresa Tanco, Isabel Caicedo Rojas, Ana Torero y María de Jesus Moreno; todas estas señoritas poseen grande ejecución en el piano y un gusto exquisito. Se infiere por los adelantos en la música y literatura, para los que han tenido elementos de escuela, que si hubieran podido penetrar en Bogotá profesores de los demás ramos, sí sería entonces esta ciudad la Atenas del Nuevo Mundo, como dicen algunos colombianos. Hallé igualmente entre los varones dos notabilidades en música: José María Ponce de Leon y Cayetano Pereira; el primero escribió y puso en escena la primera ópera titulada «Ester,» por la que el autor no tuvo recompensa alguna pecuniaria y poca gloria de parte de sus compatriotas.

Sobre este particular, parece que en

México no estamos muy atrasados, porque se sabe recompensar el mérito de nuestros sabios y artistas nacionales, cuando surge alguna notabilidad: diganlo Paniagua, el primero que escibió una ópera en el país; despues, Angela Peralta, soprano aplaudida en los primeros teatros de Europa y América; en seguida, Melesio Morales y otros que no recuerdo. Todos estos artistas han sido honrados, festejados y colmados de ovaciones por sus compatriotas, que han comprendido que se debe premiar el genio, porque, de aquí nace el estímulo y el ardiente deseo de adelantar.

El teatro se resiente tambien del poco adelanto del país en Bellas Artes, porque el único que existe fué hecho por los españoles, y si posteriormente se han hecho algunas reparaciones en él, no han bastado á disimular lo feo de su construccion y su falta de ornato. Se debe agregar á ésto que de tiempo atrás los mejores palcos tienen propietarios y las compañías de ópera y verso

ne se costean fácilmente por eso, á no ser que el teatro esté lleno, que es rarísima vez.

Casi todas las compañías que llegan á Bogotá salen fallidas por los inconvenientes mencionados, así como por la inconstancia del público, que concurre numeroso en el primero y segundo abono y en los siguientes disminuye notablemente hasta desequilibrar los productos con los gastos de las empresas.

Una cosa me han hecho observar, y es: que el teatro es sostenido mas bien por las personas de la clase media, los empleados y los extranjeros, que por las familias acomodadas, siendo otra de los causas de que el teatro no pueda vivir largo tiempo.

En general, podemos decir, que la población de Bogotá es triste por carácter y en mi concepto concurren para ello la falta de sitios de recreacion y la de comunicacion mutua de las familias: rara vez se reunen para un té ó una pequeña tertulia y las visitas son muy escasas. ¿No será esto un motivo

para que la juventud bogotana se haya desmoralizado un poco, concurriendo á sitios inconvenientes y llenando las cantinas de que está bien provista la ciudad?

Me ha sorprendido dolorosamente el aumento de esas casas de disolución y el excesivo número de personas jóvenes y viejas que las llenan á un á vista del público que pasa por enfrente.

Esto da una triste idea de una población, Marta; el gobierno colombiano debía trabajar asiduamente por mejorar las condiciones del país: crear sitios de recreación, academias nocturnas de artes, literatura y otros elementos morales, que den distracción á la gente á todas horas, como se practica en las capitales de otros países, en las que hasta el bello sexo tiene su parte de instrucción y las pasiones ó están dormidas, ó se elevan á la altura del infinito en la contemplación de todo lo sublime, de todo lo grande.

¿Cómo no se ha de apocar el espíritu en una ciudad que cierra las puertas de

sus tiendas y casas á las siete de la noche, las familias se encierran aislándose de las demas y el transeunte gira por la ciudad desierta como si fueran las doce, sin saber á dónde ir?

La juventud busca la diversion, las emociones y, si no las encuentra en la línea de lo bueno, las solicita en otra parte, y hé aquí su pérdida, la pérdida de la sociedad.

A los tres meses de mi arribo á Colombia, fui invitado par la familia Sarmiento á dar un paseo á Anapoima, á la que llegamos en cinco dias, porque como la comparsa era numerosa, compuesta en su mayor parte de señoras y niños, se hacian pequeñas jornadas. El camino que llevábamos no era tan escabroso y las vistas eran siempre hermosas. Una de ellas me agradó sobremanera al bajar á las Juntas, en donde se unen los rios Bogotá y el Apulo, que lleva unas aguas negras, que recuerdan las del Cocito y se mezclan con las del primero.

El panorama, visto antes de descen-

der, es bellissimo por el cruzamiento de los rios, un puente que está sobre el Apulo, los bosques al frente y la casa de la hacienda en donde pernoctamos. En la noche, despues de la cena, se improvisó entre los criados que llevábamos y los arrieros que habia en la casa, una especie de serenata para obsequiar á Sarmiento; entonaba esos bambucos (1) melancólicos de la tierra caliente, que envuelven una poesia infinita y hacen experimentar una delicia indefinible y un no sé qué de languidez; así estuvieron hasta las once de la noche, hora en que el amo los madó retirar, continuando los músicos en otro sitio retirado el resto de la noche; yo los escuchaba entre sueños con agrado, porque los ecos traian envueltos en el misterio, algunas notas que parecían quejas de una hada dolorida ó la voz de un trovador cuando se retira de su amada y se va perdiendo por el bosque.

Sarmiento habia ordenado á la comi-

1 Especie de jarabes ó bailes nacionales.

tiva estuviera lista para salir de las Juntas á las cinco de la mañana y los criados recibieron la con-igna de tener los caballos y mulas preparadas á buena hora. Efectivamente, todo el mundo estuvo en pié y dispuesto á las cuatro y media; pero, ¡oh fatalidad! sucedió lo que siempre en los caminos colombianos; la vispera se soltaron los animales al potrero, y al irlos á tomar con inmenso trabajo, cuando aún no habia luz, se perdió irremisiblemente una mula de silla y no pareció mas. Sarmiento se desesperaba, regañaba á este criado, enviaba á aquel otro en busca de la cabalgadura, y todas eran carreras, gritos, imprecaciones, y nada: dieron las diez, todos nos pusimos en marcha bajo un sol que enviaba sus rayos oblicuos y abrasadores. A las cinco de la tarde llegamos á Tocaimé y al otro dia arribamos á Jerusalem, bonita hacienda circundada de árboles frutales, en los que abundaba el plátano y el mango.

Saliamos diariamente á pasear, ya á pié ó á caballo, por diversos puntos; nos

bañábamos en las quebradas y tomábamos las comidas debajo de los plataneros ó á la sombra de los emparrados de algunas rancherías, tendiendo las ruanas ó sobre el mullido césped.

El calor me sofocaba y no dejaban de alarmarme los innumerables bichos dañinos que abundan en estos sitios, especialmente las diversas clases de cucubrás y alacranes, de modo que aun cuando habia escopetas á mi disposición, no me aventuraba á alejarme mucho de la casa, por temor de encontrarme con aquellas alimañas en los zacatonales.

Los reptiles y el calor me decidieron á volverme á Bogotá á los veinte días de residencia en Jerusalen, volviéndome solamente con un criado por otro camino mas corto aunque mas quebrado, por el que tuvimos que pasar seis veces por entre las negras aguas del Apulo, por tantas vueltas y revueltas. Debo manifestar que me causaba terror entrar á ese rio, tanto por el color repugnante de sus aguas, como por su

profundidad, en la que á veces se hundia mi mula hasta arriba de la cincha y vacilaba por la corriente.

A los pocos días de mi vuelta, mi recomendable amigo el señor Alberto Urdaneta, me invitó á pasar á la hacienda de Canoas, propiedad de su padre, en la que disfruté ratos agradables, y como está situada cerca de Tequendamá; una mañana se dispuso la visita á esta linda cascada, que es una de las mas originales en su forma.

Esta cascada es visitada por nacionales y extranjeros, y los bogotanos forman caravanas de familias amigas que desde la víspera se dirigen al pueblo de Soacha, punto situado á hora y media de aquel sitio, para madrugar al otro día y emprender la expedicion, llevando un opíparo almuerzo.

Desde que se sale de Soacha, se toma la direccion Sudoeste, y desde este punto rompen vistas hermosísimas, cañadas tapizadas de verde césped con florecitas de todas formas y colores aquí y allí; grupos de árboles de color oscu-

ro que contrastan con el verde dorado de los prados y situaciones encantadoras que van hundiendo el terreno, al fin del cual se escucha un mugido y se mira elevar una columna blanquísima por entre los cerros: es el Salto de Taquendama.

Acabamos de bajar las diversas ondulaciones del terreno y llegamos á la parte mas profunda que llaman el almorzadero, porque es un sitio ó plazoleta alegre y cubiertos sus contornos de árboles, flores y una espesa vegetacion.

Allí desmontamos y acto continuo, comenzamos á verificar á pié la desencion, que es dificilísima por cierto, pues á causa del rocío ó menuda lluvia que arroja la cascada en su caída, el terreno está cenagoso y resbaladizo, añadiendo su mucha inclinacion, de modo que, á los primeros pasos, mi amigo Urdaneta, que iba á adelante, dió un resbalon tan colosal, que descendió de espalda unos diez metros entre sus risas, asomias y las de los mozos que nos acolm

pañaban; seguia yo con precaucion para no imitar á mi compañero y, cuando menos espesaba, ¡pau! imité á Urdaneta, resbalando otra cantidad igual de terreno y, acto continuo, ¡zas! siguió él, habiendo trozos en que caíamos á duo, siempre entre las mas alegres carcajadas y contemplando burlescamente la facha que llevábamos por el barro de que estábamos untados.

Entre risas, caidas y levantadas, llegamos al término de nuestro viaje y, al poner el pié en el extremo de un precipicio, nos detuvimos de repente ante el cortinaje de cristal que caía estruendoso sobre una escalinata ó peñasco saliente, que la rechazaba, enviándola en grandes mazos semejantes á ovillos de algodón ó como tubos de nieve, que á poco se separaban unos de otros y ántes de llegar al abismo envueltos en una lluvia de perlas y diamantes, deshacian en cometas ó cohetes voladores, subiendo despues un velo transparente de vapores hasta las nubes, que refle-

jaban mil arco-iris, resolviéndose se en menuda lluvia.

Esta maravilla me tenia asombrado; Urdaneta contemplaba mi admiracion unas veces, y otras dirigia sus ojos á la cascada. Yo prorumpia en exclamaciones, en palabras que expresaban el entusiasmo que me animaba, y mi compañero me preguntaba complacido:

—¿Qué le parece á usted esta maravilla?

—¡Oh, amigo mio! esto es admirable, grandioso, encantador.

—¿Lo cree usted así? volvía á preguntarme.

—¡Señor! francamente, no tengo palabras para encarecerle la sorpresa que me causa el imponente aspecto de esta cascada; e toy persuadido que ni la pluma ni el pincel intentarán describirla.

Toda esa cantidad de agua es desprendida por el rio Funza, que cae á la profundidad de doscientos metros, y es muy bello el contraste de la masa reluciente del líquido con los grandes peñascos de basalto y la espesa vegeta-

cion que forman las paredes hasta terminar en el fondo del nuevo rio que comienza á correr para la tierra caliente.

Ya á cierta altura de la caída del agua, se miran revolotear los loros vocingleros y algunas guacamayas, así como asoman los arbustos y árboles peculiares á los climas cálidos: este espectáculo se contempla desde la zona de la tierra templada.

Si al descender para la cascada, la bajada es tan incómoda como he dicho, la subida no tiene comparacion, porque se asciende un paso con mil fatigas por el terreno resbaladizo, y se deslizan dos, bajando de barriga, á pesar de un palo ó baston que se lleva para apoyarse.

En este trabajo insuperable en que no podia ya respirar y mis fuerzas estaban agotadas, me proponia en mi interior no volver mas á visitar la cascada de Tequendama, áun cuando me pagaran mil pesos. Pensaba, asimismo, que el gobierno ó los particulares debian hacer accesible esta maravilla de la na-

turalaza, formando una especie de escalinata con pasamanos, aunque fueran de ramas, pues así sería mas fácil la ascension y descension, y las personas podrian centuplicar sus paseos cuando les diera la gana.

Lo mas admirable es, que bajen señoras por aquel lugar casi impracticable para los hombres; pero que estoy seguro que no volverán á repetir el paseo, como me lo han referido algunos individuos.

Si se allanaran las dificultades referidas y además se pusiera un hotel en el almorzadero, se podrian repetir las visitas á la cascada, y muchas familias de Bogotá y de otras partes, irian á pasar el verano, resultando de todo esto un movimiento mas importante y productivo; pero ese bello paseo está primitivo como Dios lo crió, y sin embargo de ser tan hermoso, no se explotan sus ventajas.

Despues de algun tiempo de residencia en Bogotá y deseoso de regre-

sar á nuestra querida México, hice mis preparativos de viaje para ponerme en camino y disfrutar el placer de volvernos á ver en esa ciudad.

Adios, querida María.